

Nuestro seminario diocesano

En estos días vemos de nuevo las mochilas en las espaldas de tantos niños y adolescentes que comienzan el nuevo curso escolar. Han terminado las vacaciones y es tiempo de acudir a las aulas. Volver a las aulas es todo un acontecimiento en la vida de los miles de niños y jóvenes en edad escolar. Y junto a los niños y jóvenes, toda la familia se pone en marcha, y podemos decir que toda la sociedad inicia un ritmo nuevo de vida. En este sentido, todos a la escuela.

La escuela es el lugar donde se fragua el futuro de tales alumnos, el futuro de las familias, el futuro de nuestros pueblos y ciudades, el futuro de la sociedad,. «Entre todos los medios de educación, el de mayor importancia es la escuela», nos recuerda el Vaticano II (GE 5). Por eso, el tema suscita mucho interés en los padres, en los educadores, en todos lo que tienen que regular este campo de la educación. Quien tiene en sus manos la educación, tiene en sus manos el futuro de la sociedad. Se hace necesario que en este campo tan importante se dé un permanente «pacto escolar» para que nadie pueda monopolizar este delicado tema de la educación.

Los primeros y principales responsables de la educación son los padres. Por eso, todo el sistema educativo debe tender a ayudar a los padres en esta preciosa tarea. Nadie puede sustituir a los padres, ignorando su derecho a la educación de sus hijos. Estos niños y jóvenes son hijos de unos padres, antes que hijos del Estado. Los padres tienen derecho y obligación de buscar para sus hijos una educación que respete sus propias convicciones, incluidas sus convicciones religiosas.

Por ejemplo, cuando se enseña historia o ciencias sociales o geografía o ciencias de la naturaleza, etc. no se puede ignorar que el alumno tiene esta dimensión religiosa. Ninguna otra área debe interferir y menos aún contradecir el horizonte religioso en el que el alumno se mueve. La religión no es una censura, que prohíbe a las demás disciplinas su libre desarrollo. La religión es una dimensión de la persona, la dimensión más honda. Y en esa verdad completa del hombre ha

de desenvolverse cualquiera de los temas que llegan hasta la mente y la conciencia del niño o el joven que está en proceso educativo.

Hay quienes quieren construir una sociedad sin Dios. Son minoría muy reducida, pero quieren imponer a toda costa esta visión de la vida y del mundo, y utilizan la escuela para este fin. Quienes actúan así no tienen en cuenta que la inmensa mayoría de los alumnos que tienen delante son hijos de padres católicos, que incluso han elegido la enseñanza de la religión católica para sus hijos. No se puede, desde cualquier instancia escolar, ignorar este hecho. O, conociendo el hecho, atacarlo por todos los frentes.

No me refiero solamente a la asignatura «Educación para la ciudadanía», cuyos contenidos a tenor de los decretos legales son infumables para un creyente. Hay profesores ateos y agnósticos que aprovechan su área de enseñanza para transmitir sus ideas demoledoras. Nuestros niños y jóvenes están sometidos a una constante presión antiDios, que no respeta ni sus derechos ni los de sus padres, que han elegido una visión creyente de la vida. Volvamos todos a las aulas, y estemos atentos a este aspecto, que configura la mente y el corazón de nuestros niños y jóvenes. Nos estamos jugando el futuro de estas personas, nos jugamos el futuro de la sociedad.

Con mi afecto y bendición:

+Monseñor Demetrio Fernández